

**EL TREN  
LLEGO PUNTUAL**  
HEINRICH BÖLL

**BBS**  
**BIBLIOTECA BASICA SALVAT**

---

**100**

V2408

HEINRICH BÖLL

Biblioteca Ferroviaria



63567

EL TREN  
LLEGO PUNTUAL

SALVAT EDITORES, S. A.

© Heinrich Böll - Ediciones Destino

© 1984 Salvat Editores, S.A.

Traducción de Julio F. Yáñez

Impreso en:

Gráficas Estella, S.A. Estella (Navarra) - 1984

ISBN: 84-345-8003-9 (obra completa)

ISBN: 84-345-8103-5 (tomo 100)

Depósito Legal: NA-221-1984

Printed in Spain

**Edición íntegra especialmente autorizada  
para BIBLIOTECA BASICA SALVAT**

*Heinrich Böll, novelista alemán, nació en Colonia el año 1917. Inició sus estudios para bibliotecario en su ciudad natal. De 1938 a 1939 hubo de incorporarse al servicio de trabajo de las juventudes nazis, participando luego en la Segunda Guerra Mundial. Finalizado el período de prisionero de guerra, estudió germanística. A partir de 1951 se estableció en Colonia como escritor. Tras algunas narraciones iniciales, alcanzó éxito amplio y merecido con la novela *Wo warst du, Adam?* (¿Dónde estabas tú, Adán?), 1951. A la denuncia de la barbarie bélica, que adquiriría en este libro una expresión eficaz y sobria, acompañaba la relación sentimental entre una muchacha hebrea y un soldado alemán (concluida trágicamente) como símbolo de la interrupción brutal de la existencia que la guerra supone. Posteriormente se ha estilizado su arte y ha pasado a desvelar los desajustes sociales y la hipocresía que se advierten en la reconstrucción posbélica de Alemania. Entre otros títulos, como *Und sagte kein einziges Wort* (Y no dijo una sola palabra), 1953, y *Das Brot der frühen Jahre* (El pan de los años jóvenes), 1955, las obras más significativas de esta etapa son *Haus ohne Hüter* (Casa sin amo), 1954, y *Billard um halb zehn* (Billar a las nueve y media), 1959. Su tendencia moralizante de signo cristiano está matizada por una ironía que acusan sobre todo sus títulos más recientes. Considerado sin amargura expresa, el drama básico del presente reside en los convencionalismos y capitulaciones personales que amaga la superficie de la cotidianidad. Buen ejemplo de esta tendencia es su sátira *Doktor Murkes gesammeltes Schweigen* (Los silencios del Dr. Murke), 1958. Cierta experimentalismo perjudica la fluidez de su estilo, cuya mejor calidad reside en los títulos de la década de los años 50. Su actitud de crítica abierta a las posiciones de la Iglesia católica durante el nazismo y años posteriores a la guerra se expresa en *Hier zu Lande* (Aquí en la tierra), 1963, que contiene el conocido ensayo *Brief an einen jungen Katholiken* (Carta a un joven católico), ya publicado aparte anteriormente. *Irisches Tagebuch* (Diario irlandés),*

1957, recogía consideraciones y esbozos descriptivos en torno a Irlanda. De 1963 es también *Ansichten eines Clowns* (Opiniones de un payaso), que es quizá la obra más conocida del autor. Después han aparecido nuevos libros de relatos, ensayos y obras dramáticas, como *Aussatz* (Lepra), de 1970. El conjunto de sus escritos le valió el premio Nobel de Literatura del año 1972. Con posterioridad a este hecho ha publicado una antología de sus relatos aparecidos entre 1950 y 1970 (*Erzählungen 1950-1970*), *Neue politische und literarische Schriften* (Nuevos escritos políticos y literarios), 1973, y las novelas *Gruppenbild mit Dame* (Retrato de grupo con señora), 1971, y *Die verlorene Ehre der Katharina Blum* (El honor perdido de Katharina Blum), 1974.

Mientras caminaban a lo largo del oscuro pasadizo subterráneo, oyeron sobre ellos el rumor del convoy cuando se detenía en el andén. Al propio tiempo, un altavoz proclamó con voz grave y sonora: "Tren de permisionarios procedente de París, por la ruta de..."

Luego de subir la escalera se pararon ante un vagón del que se apeaban soldados de cara sonriente, cargados con grandes paquetes. En seguida la estación quedó vacía otra vez y todo volvió a su aspecto de antes. Sólo unas cuantas muchachas y mujeres, y algún padre atribulado y silencioso, siguieron mirando hacia las ventanillas del convoy. El altavoz advirtió que era preciso apresurarse. El tren debía continuar su marcha.

—¡Vamos! ¿Subes o no subes? —apremió el capellán al soldado.

—¿Qué pasa? —respondió nervioso el aludido—. ¿Y si prefiriese tirarme bajo las ruedas... o largarme a otro sitio...? ¿A ti qué te importa...? También podría volverme loco de repente... ¿Acaso no tengo derecho? Puedo volverme loco si me parece. Lo que no quiero es morirme. Ahí está lo malo, que no me quiero morir. —Hablaba con tal frialdad que las palabras salían de sus labios cual témpanos de hielo—. Pero no te preocupes —añadió—. Ya subo. Hay sitio para todos... es mejor no enfadarse. Reza un poco por mí.

Cogió sus bártulos y se introdujo en el primer vagón. Luego de haber bajado la ventanilla se asomó al exterior en el momento en que el altavoz, allá en lo alto, advertía, difundiendo sus palabras por el aire como una niebla pegajosa: "El tren efectúa su salida..."

—¡No quiero morir! —exclama de repente el soldado—. ¡No quiero morir! Pero la verdad es que me queda muy poco de vida. Pronto...

La sombra de su cuerpo se deslizó sobre el andén gris y frío, y luego la estación quedó sumida en las tinieblas de la noche.

Hay palabras que, aunque pronunciadas con aparente indiferencia, cobran de pronto un significado mágico. Extrañamente duras y precisas, se abren camino por delante de quien las emite, adelantándose por regiones desconocidas del futuro, para volver más tarde al punto de partida, con la terrible precisión de un *boomerang*. Son como un chapoteo de conceptos difusos y vagos que adquieren repentina solidez en el momento del adiós que conduce a la muerte, para luego abatirse como una ola de plomo sobre el que las pronuncia, haciéndole descubrir el terrible y a la vez seductor poderío del destino. Los enamorados y los combatientes, los que van a morir y los que todavía gozan del cósmico vigor de la existencia, sienten cómo tal fuerza, al caer sobre ellos de improviso, los ilumina con una luz que será gracia y servidumbre al propio tiempo, mientras las palabras se van hundiendo más y más en su interior.

Al avanzar con lentitud por el pasillo del vagón, la palabra "pronto" repercutió en Andreas, y se hundió en él como un proyectil que lo atravesara sin sentirlo, transitando por su carne, sus tejidos y sus nervios hasta inmovilizarse en un lugar cualquiera y explotar abriendo una herida espantosa por la que manaría toda su sangre... Vida... Dolor...

Repetió aquel "pronto" sintiéndose palidecer, mientras de manera inconsciente iba realizando los movimientos habituales. Encendió una cerilla, iluminando a quienes dormían, tendidos o acurrucados junto a sus mochilas o encima de ellas. El hedor a tabaco apagado se mezclaba al del sudor frío y al de ese otro efluvio indefinible que flota dondequiera que se encuentre un grupo de soldados. Antes de extinguirse, la cerilla lanzó un postrer y más intenso fulgor que le hizo descubrir un pequeño espacio libre, allí donde el pasillo se estrechaba. Se desplazó hacia

él con precaución, sujetando la mochila bajo el brazo y llevando en la mano su gorro militar.

Al repetir otra vez: "pronto", el miedo se aferró a lo más hondo de su ser, y tuvo la sensación de una absoluta certidumbre. "Nunca más —pensó—. Nunca más volveré a ver esa estación, ni el rostro del amigo al que increpé antes de partir. Nunca más, porque pronto..." Cuando hubo llegado al lugar libre, depositó la mochila en el suelo, con cuidado, para no despertar a los durmientes, y se sentó sobre ella, apoyando la espalda a la portezuela del compartimento. Luego intentó acomodar sus piernas del mejor modo posible. Extendió lentamente la izquierda hasta ponerla junto al rostro de otro soldado, y apoyó la derecha sobre una mochila, que tapaba la espalda de su dueño. Tras de él se encendió otra cerilla y alguien empezó a fumar a oscuras y en silencio. Volviéndose un poco, pudo ver el extremo brillante del pitillo, y cuando el fumador inhaló el humo, el rojizo resplandor le dejó ver un rostro gris y cansado, con surcos profundos, en el que se pintaba una expresión de vacuidad completa.

"Pronto" —se repitió. Todo estaba sucediendo normalmente. El traqueteo del tren, el mal olor, la apetencia irreprimible de fumar y el escaso deseo de dormir. Ante la ventanilla desfilaban las masas sombrías de las casas. En un lugar lejano, unos cuantos proyectores sondeaban el cielo cual largos dedos de cadáver que rasgaran el manto amoratado de la noche. Se oía el tronar de cañones antiaéreos. Las negras casas, vacías y ciegas, continuaban desfilando. ¿Cuándo sería aquel "pronto"? La sangre le fluía del corazón, volviendo a él luego de haber circulado por todo su cuerpo y agitando su vida entera. Pero aquellos latidos sólo servían para advertirle: "Pronto...". No podía hablar de nada ni pensar en nada que no se refiriese a ello. "No quiero morir" —se dijo. Y en seguida la frase se transformó en esta otra: "Voy a morir... muy pronto".

A la luz de otro pitillo, pudo ver tras de él un nuevo rostro, también gris. Y escuchó un murmullo perezoso. Los dos desconocidos conversaban.

—Dresde —dijo uno.

—Dortmund —añadió el otro.

La charla se fue animando paulatinamente. De pronto, se oyó una interjección, y el susurro se hizo menos perceptible, hasta extinguirse por completo. Sólo se percibía, tras él, la luz de un solo cigarrillo; pero pronto se apagó también reinando de nuevo la gris oscuridad. La negra noche le dejaba entrever las casas anónimas, silenciosas y negras, mientras, en la distancia, los largos, afilados y cadavéricos dedos de los proyectores perforaban el cielo. El rostro del ser al que debían pertenecer aquellos dedos quizá sonriera sarcástico y cínico, como el de un usurero o el de un ladrón. “Estás en nuestras garras”, decía la boca profunda y sutil. “Te tenemos bien sujeto. En toda la noche nunca dejaremos de palpar el cielo.” Aquellos resplandores acaso buscaran un minúsculo insecto entre los pliegues de la noche. Un insecto que acabarían por encontrar.

Pronto. Pronto. Pronto. Pronto. ¿Cuándo llegaría aquel pronto? ¡Qué horrible noción! Lo mismo podía ocurrir dentro de un segundo que en el plazo de un año. La palabra “pronto” expresa una idea atroz que estrangula el futuro, lo empequeñece y acaba por sumirlo en una incertidumbre aniquiladora. “Pronto” puede significar poco y, a la vez, mucho. En realidad, lo abarca todo. Todo, incluso la muerte.

“Pronto perderé la vida. Voy a morir dentro de poco. Tú mismo lo has dicho y algo lo repite en tu interior y también fuera de ti. Ese “pronto” deberá cumplirse. Es un “pronto” de tiempo de guerra. Al menos, de eso puedes estar bien seguro. Pero ¿cuánto tiempo durará aún la guerra? Tal vez transcurra un año hasta que todo se hunda en el Este. Si los americanos y los ingleses no atacan a la vez por el Oeste, los rusos emplearán por lo menos dos años en llegar al Atlántico. Y aunque es seguro que atacarán, la guerra se prolongará otro año, y no habrá terminado hasta finales de 1944. Todo el sistema está montado sobre bases que acusan un exceso de obediencia, de cobardía y de valor. Debo, pues, calcular el plazo de mi muerte entre un segundo y un año. Ahora bien, ¿cuántos segundos tiene un

año? Moriré mientras aún dure la guerra. No conoceré otra vez la paz. Se acabó la paz. Todo se acabó: la música, las flores, la poesía, la dicha. Moriré pronto.”

El “pronto” ha sonado como el retumbar de un trueno; ha brillado como el fulgor de un relámpago que en el breve espacio de tiempo de una milésima de segundo inunda la claridad del mundo entero.

El hedor a cuerpos humanos, a inmundicias, a polvo y a betún para las botas, es el mismo de siempre. Resulta curioso que donde haya soldados haya siempre basura. Entretanto, los dedos de cadáver han hallado el insecto...

Encendió otro cigarrillo. “¿Cómo será el porvenir? —se preguntó—. Quizás ese “pronto” no exista más que en mi imaginación. Estoy agotado y nervioso, y me dejo influir por el miedo.” Trató de pensar en lo que haría al acabar la guerra. Quizá... pero era como enfrentarse a un negro muro infranqueable; imposible imaginar nada concreto. Podía dar vueltas y más vueltas a las mismas ideas: “Viviré en algún sitio... con libros... cigarrillos... estudiaré... habrá música... poesía... flores”. Pero sabía perfectamente que nada de todo aquello iba a ocurrir; que nada llegaría a hacerse realidad; que eran sólo pensamientos vacíos, desprovistos de vigor y de sustancia humana. El porvenir no tenía rostro, y cuanto más pensaba en él más cuenta se daba de lo cerca que se hallaba aquel “pronto”. “No tardaré en morir.” Dicha verdad quedaba situada entre el plazo de un segundo y el de un año. Se acabaron los sueños...

Tal vez dos meses. Trató de representarse dicho espacio de tiempo; de imaginar si aquel muro imposible de salvar se levantaría ante él antes de que expirase dicho plazo. Dentro de dos meses estarían a finales de noviembre. No lograba tener una clara noción de la distancia. Dos meses son una idea sin precisión. Igual podría hablarse de tres o de cuatro, o de seis. Se trata de un concepto inasequible a toda resonancia cronológica. Tal vez en enero. Pero no observa señales del muro. Una extraña esperanza plagada de inquietudes acaba de hacer presa en su espíritu. Mayo, piensa sobresaltado. Mas la pared continúa sin ma-

terializarse. Sólo existe el vacío. El "pronto" no es más que un horrible fantasma. ¡Noviembre! ¡Nada! Una alegría salvaje se apodera de él. Enero. Otro enero, año y medio más tarde. Año y medio de vida. ¡La pared sigue sin aparecer!

Exhalando un suspiro de alivio, deja que su imaginación franquee el tiempo, salvando una serie de pequeñas y frágiles barreras. ¡Enero, mayo, diciembre! ¡Nada! De pronto se da cuenta de estar en el vacío. De que el muro no va a alzarse sobre el tiempo y de que éste carece de importancia. Tan sólo queda la esperanza. Una esperanza que permite salvar meses y años.

"Voy a morir muy pronto." Se hallaba en la situación del nadador que próximo a la orilla es lanzado de nuevo a la inmensidad del mar por una ola gigantesca. Porque era allí en aquel "pronto" donde se hallaba el muro que no podría sobrepasar, el que le impediría seguir sobre la tierra.

"Cracovia" —piensa de súbito. Y el corazón se le detiene cual si una vena se hubiera atascado, cerrando el paso a la sangre. Ha encontrado la pista. ¡Cracovia! Aún va más lejos. Przemysl. Tampoco. Lemberg. No. Intenta avanzar frenéticamente: Czernowitz, Jassy, Kischinew, Nikopol. Pero dicha palabra no es más que una nube de humo; una niebla parecida a la idea de pensar que podría seguir estudiando. ¡Jamás volverá a ver Nikopol! Retrocede un poco. Jassy. No, tampoco verá Jassy. Ni Czernowitz. ¡Lemberg! Sí. Verá Lemberg porque llegará allí todavía vivo. "Me estoy volviendo loco —piensa—. Deliro. Moriré entre Lemberg y Czernowitz. ¡Qué estupidez!" Corra bruscamente el hilo de sus pensamientos y empieza a fumar otra vez y a contemplar el rostro de la noche. "Estoy histérico. Estoy loco. He fumado con exceso, pasé fumando toda la noche; toda la noche y todo el día, sin dormir y sin comer. No debo dejarme trastornar de este modo..."

"Tendría que comer algo —piensa—. Y beber. Comer y beber mantienen en pie el cuerpo y el alma. ¡Condenado tabaco!" Empieza a tantear en su mochila, esforzándose por deshacer la hebilla en la oscuridad. Luego rebusca entre los bocadillos de

margarina, la ropa, el tabaco, los cigarrillos y la botella de aguardiente. De pronto se apodera de él una fatiga inmensa, irresistible, que le para la sangre en las venas... y se duerme, con la mochila abierta entre las manos, la pierna izquierda junto a una cara que todavía no ha visto, y la derecha sobre un fardo. Sus manos, cansadas y sucias, siguen sobre la mochila, y la cabeza le ha caído sobre el pecho.

Se despierta porque alguien le ha pisado los dedos, y el súbito dolor le obliga a abrir los ojos. Un soldado acaba de pasar a toda prisa, dándole un golpe en la espalda y maltratándole la mano. Se da cuenta de que está amaneciendo, y escucha cómo una voz sonora y cálida pronuncia el nombre de otra estación. Esta vez se trata de Dortmund. El viajero que pasó la noche fumando y rezongando tras de él, se ha puesto en pie y avanza a empellones por el pasillo. El desconocido de cara gris ha llegado a su destino: Dortmund. El propietario de la mochila sobre la que descansó su pierna derecha se ha despertado también y se frota los ojos en el frío pasillo. El compañero junto a cuya cara tuvo la otra pierna, sigue dormido. Dortmund. Unas muchachas provistas de cafeteras humeantes van de acá para allá. Como siempre, hay en la estación mujeres que lloran, jóvenes a las que alguien besa, padres... Siempre lo mismo. ¡Qué estupidez!

Tan sólo está seguro de una cosa. Apenas ha abierto los ojos cuando el "pronto" aparece de nuevo. El anzuelo se afianza perfectamente y no suelta su presa. El "pronto" lo ha engarfiado como un pez que se debatirá hasta un punto situado entre Lemberg y Czernowitz...

En ese breve espacio, en la millonésima parte de un segundo que ha tardado en despertar, confía en que el "pronto" desaparezca como la noche, como un fantasma surgido de imaginaciones vanas y de una interminable sucesión de cigarrillos. Pero sigue allí, hostil e implacable.

Se pone en pie. Observa la mochila a medio abrir y vuelve a colocar en ella una camisa que había sacado. El que estaba a su derecha ha abierto una ventana y tiende por ella un vaso en

el que una muchacha flaca y cansada vierte un poco de café. El olor repugnante del brebaje le da náuseas, le recuerda las emanaciones a cuartel, a cocina militar que impregnan toda Europa y que pretenden extenderse por el mundo entero. Pero tan fuertes son las raíces de la costumbre que también él tiende su vaso y acepta aquel café de color gris, como el de los uniformes. A su olfato llega el leve olor a exudación de la muchacha. Se adivina que ha dormido vestida y que, durante la noche, ha ido de un tren a otro ofreciendo café... ofreciendo café sin parar...

El olor penetrante del líquido satura a la muchacha. Probablemente duerme junto a la cafetera, puesta encima de una estufa para que guarde el calor, hasta la aparición del tren siguiente. Tiene la piel gris y arrugada, color de leche sucia, y sus cabellos lacios, de un tono castaño pálido, le salen en mechones por debajo del gorro. Pero sus ojos miran con expresión dulce y triste a la vez, y cuando se inclina para verter el café, él observa que su nuca es atractiva. "¡Qué bonita! —piensa—. Todos deben encontrarla fea, mas para mí es hermosa... sus dedos son pequeños y delicados... me haría servir café por ella horas enteras. Perforaría el vaso para que fuese echando... echando sin parar. Y así vería largo rato esos ojos dulces y esa nuca encantadora. El altavoz se callaría. Todas las desgracias proceden de voces como ésa. Ellas desencadenaron la guerra, y rigen la peor contienda que haya existido jamás. E incluso resuenan por las estaciones. ¡El diablo se las lleve!"

El empleado de la gorra encarnada espera dócilmente a que el altavoz le haya dado sus órdenes. El tren reanuda su marcha aligerado de algunos héroes y cargado con unos cuantos más. Empieza a haber claridad aunque es aún temprano: las siete. "Nunca más; nunca más volveré a Dortmund. ¡Qué rara es esta ciudad! He pasado por aquí varias veces, pero nunca me detuve a visitarla. Me quedaré sin saber cómo es. Tampoco volveré a ver a esa muchacha que me sirve el café. No. Nunca más. Voy a morir muy pronto; entre Lemberg y Czernowitz. Mi vida debe contarse por kilómetros, como un tramo de carretera." Es raro que no haya frente entre Lemberg y Czernowitz; ni gue-

rrilleros en número apreciable. ¿Podría ser que en una noche se efecudara un retroceso tan maravilloso? ¿Que la guerra estuviera terminando y la paz llegara antes de aquel "pronto"? ¿Se produciría un hundimiento repentino? El animal-dios ¿sería asesinado finalmente? ¿O lanzarían los rusos una ofensiva general, y todo se vendría abajo entre Lemberg y Czernowitz? ¿Tal vez la capitulación se hallaba próxima...?

Pero la realidad no tiene escapatoria. Los durmientes se han despertado y empiezan a comer y a hablar.

Se asoma a la ventanilla y deja que el viento frío de la mañana le acaricie la cara. "Me voy a emborrachar —piensa—. Me beberé una botella entera y no me enteraré de nada hasta que estemos en Breslau." Se agacha y abre febrilmente la mochila; pero una mano invisible le ha impedido coger la botella, y en vez de ésta toma un bocadillo y empieza a masticarlo lenta y calmamente. Es terrible tener que comer cuando está uno tan próximo a la muerte. "Pronto moriré, y sin embargo, he de comer." El bocadillo es de pan con mantequilla y salchichón, como los de las noches de bombardeo. Su amigo el capellán le ha puesto varios en la mochila, bien untados con mantequilla. Y lo peor de todo es que le gustan.

Se asoma al exterior mientras sigue masticando lentamente, y de vez en cuando alarga la mano para tomar un nuevo bocadillo de la mochila que está junto a él. También bebe pequeños sorbos del café caliente.

Es terrible ver las casas de los pobres, los lugares donde los esclavos se disponen a acudir a la fábrica. Casas y más casas donde habitan seres que sufren y ríen; que comen y beben, y engendran nuevos seres que acaso mañana estarán muertos. Existe una turba de seres humanos, de viejas y de niños, de hombres y soldados. Algunos se asoman a las ventanas, aquí y allá. Saben que un día u otro tomarán también el tren para ser conducidos de nuevo al infierno.

—Compañero —dice una voz ronca tras él—. ¿Quieres echar una partida?

Se vuelve sobresaltado y responde casi inconscientemente:

—De acuerdo

El que acaba de interpelarlo es un soldado casi sin afeitar que lo mira sonriente, y que tiene en la mano unos naipes. “He dicho que sí” —piensa. Y asintiendo con la cabeza sigue al otro. El pasillo está vacío. Tan sólo dos hombres continúan junto a sus equipajes en el extremo opuesto. Uno está agachado. Es un rubio corpulento, de expresión dulce.

—¿Encontraste a alguien?

—Sí —contesta el barbudo con voz ronca.

“Pronto voy a morir” —piensa Andreas, sentándose sobre la mochila que ha llevado hasta allí. Al moverla, el casco ha resonado, y esto le recuerda que se olvidó el fusil. “Está en el armario de Paul —piensa—. Tras el abrigo.” Se pone a reír.

—Bien, muchacho —dice el rubio—. Olvida tus penas y echemos una partidita.

Se han puesto cómodos. Están sentados ante una de las portezuelas cuyo pomo han asegurado por dentro mediante un alambre. Y además, han apilado los equipajes ante ella. El mal afeitado, que lleva uniforme azul, saca del bolsillo unos alicates y un rollo de alambre y se pone a asegurar todavía más el cierre de la puerta.

—Ahora está bien, compañero —le dice el rubio—. Los vamos a jorobar hasta Przemysl. ¿Vas a Przemysl? —añade, mientras el otro hace una señal de asentimiento.

Andreas se da cuenta de que los dos están borrachos. El mal afeitado lleva en su equipaje unas botellas que hace circular continuamente. Primero juegan al siete y medio.

El tren traquetea mientras la claridad diurna va aumentando. De vez en cuando se para en alguna estación y se oyen expresiones sonoras. Otras veces reina el silencio. El vagón tan pronto está lleno como vacío; lleno y vacío, mientras los tres jugadores siguen sentados en su rincón.

En algunas paradas la portezuela es sacudida con fuerza desde el exterior, y se oyen interjecciones. Los tres se ríen, siguen jugando y tiran las botellas vacías por la ventanilla. Andreas no se concentra en la partida. Los juegos de azar son tan sencillos

que no hace falta poner demasiada atención y se puede pensar en otra cosa.

“Paul estará levantado. Probablemente ha dormido poco por culpa de alguna alarma. Todo lo más habrá descansado un par de horas. A las cuatro estaba en su casa. Ahora son casi las diez. Supongamos que durmió hasta las ocho, luego se lavó, dijo misa y rogó por mí, pidiendo que recobre la alegría de vivir, esa alegría a la que ya he renunciado para siempre.”

—Paso —dice.

¡Es formidable! Uno dice simplemente “paso” y en seguida puede seguir reflexionando.

“Luego ha vuelto a casa; se ha fumado unos troncos de tabaco en pipa, ha comido unos bocadillos de emergencia y se ha marchado a pasear a cualquier sitio. Quizás a visitar a una muchacha que está esperando un bebé habido con un soldado; o a ver a una madre; o al mercado negro para comprarse un par de cigarrillos.”

—Siete y medio —dice.

Ha vuelto a ganar. Los billetes forman un grueso fajo en su bolsillo.

—¡Vaya potra que tienes! —le dice el mal afeitado—. ¡Bebamos, muchachos!

Vuelve a ofrecer la botella; está sudoroso y su cara, bajo una máscara de tosca jovialidad, se muestra triste y pensativa. Baraja los naipes. “Es mejor que no tenga que hacerlo yo —piensa Andreas—. Porque así no he de pensar en nada más que en Paul, pálido y fatigado, paseando por las ruinas y rezando. Me he enfadado con él y uno no debe enfadarse con nadie, ni con un sargento...”

—¡Carta! —pide—. Siete y medio.

Ha vuelto a ganar. Los demás ríen. No les interesa el dinero. Tan sólo quieren matar el tiempo. ¡Qué cosa más terrible y difícil matar el tiempo! Enterrar sin descanso en las tinieblas esos segundos que giran veloces al compás de las agujas de un reloj, más allá del horizonte, y que seguirán girando inexorablemente para siempre jamás.

—Nordhausen —anuncia una voz.

—Estación de Nordhausen —repite Andreas barajando los naipes.

—Tren de permisionarios con dirección a Przemysl, por... —Y luego:

—¡Pasajeros al tren! Cierren las portezuelas...

Todo perfectamente normal. Reparte lentamente las cartas. Vuelven a ser las once. Otro trago de aguardiente. El aguardiente es bueno. Dice al mal afeitado unas frases de alabanza respecto a su aguardiente. El tren se ha vuelto a llenar. Tienen que apretarse un poco más. Algunos pasajeros observan el desarrollo de la partida. La situación se ha vuelto incómoda, y les molestan las conversaciones que se escuchan a su alrededor.

—Paso —dice.

El rubio y el mal afeitado discuten jovialmente, aludiendo a la banca. Saben que están fingiendo, pero les divierte y tratan de fingir aún mejor.

—Prácticamente ya tenemos ganada la guerra —dice tras de ellos una voz con acento del norte.

—¡Hum...! —murmura otro.

—¡Como si el Führer pudiera perderla! —exclama una tercera voz—. Decir “ganaremos la guerra” no tiene sentido. ¿Acaso podríamos salir derrotados? Cuando nosotros empezamos una guerra es para vencer.

—Crimea está cercada —dice un cuarto pasajero—. Los rusos la han cerrado por Perekop.

—Yo voy precisamente a Crimea —añade una voz tímida.

—No hay nada como los “Junkers” —dice el que está seguro de ganar todas las guerras—. Los “Junkers” son formidables...

—Los *tommies* están asustados.

El silencio de los que callan resulta impresionante. Es el silencio de quienes saben que la guerra se ha perdido.

El rubio baraja y el mal afeitado apuesta cincuenta marcos. Andreas tiene siete y medio.

—Pongo cien —dice riendo.

—Voy —acepta el sin afeitar.

—Veinte más.

—Bien —dice el otro.

Naturalmente, el mal afeitado pierde.

—Doscientos cuarenta marcos —dice una voz tras ellos. Se adivina que el que ha hablado sacude la cabeza. El silencio ha durado un minuto mientras se desarrolló la pugna. Ahora las conversaciones se reaniman.

—¡Venga! ¡A beber! —exclama el mal afeitado.

—¿Qué han hecho en esa puerta?

—¿Qué puerta?

—Los muy cerdos la han bloqueado por dentro. ¡Vaya unos camaradas!

—¡Cierra el pico!

Una estación sin voz. Dios bendiga las estaciones silenciosas. Se sigue escuchando el murmullo de los espectadores. Los jugadores se han olvidado de la puerta y de los doscientos cuarenta marcos. Andreas siente que se va emborrachando poco a poco.

—¿Por qué no lo dejamos? —proponen—. Quisiera comer algo.

—¡No! —repite el otro.

Continúan jugando.

—Esta guerra la ganaríamos sólo con la “Mg 42”. Nadie puede contra esa ametralladora...

—El Führer dará cuenta de ellos bien pronto.

Pero el silencio de los que nada dicen resulta aterrador. Es el silencio de quienes saben que todo está perdido.

El tren se ha llenado de tal modo que los jugadores apenas pueden manejar las cartas. Los tres están borrachos, pero conservan la cabeza clara. El vagón se vacía otra vez. Las voces son más fuertes, tanto las del altavoz como las demás. Van pasando estaciones. Es mediodía. Comen, siguen jugando, beben. El aguardiente es muy bueno.

—Francés —explica el mal afeitado.

Su aspecto es más mugriento que nunca. Bajo la barba negra, su piel está lívida. Tiene los párpados enrojecidos. No gana casi nunca, pero parece poseer mucho dinero. Ahora es el rubio

el que está ganando a placer. Juegan al treinta y cuarenta. El tren ha vuelto a vaciarse. Luego empiezan un tute. De pronto, el mal afeitado deja caer los naipes, se desploma hacia delante y se pone a roncar con gran fuerza. El rubio lo levanta y lo apoya de modo que pueda descansar cómodamente. Le tapan los pies, y Andreas le pone en el bolsillo los marcos que le ha ganado poco antes.

¡Qué amablemente se porta el rubio con el mal afeitado! Nadie lo hubiera imaginado de un sujeto tan indiferente.

“¿Qué estará haciendo ahora Paul?”

Se ponen en pie y se desperezan. Se sacuden las migas y las cenizas que tienen en el pantalón y tiran por la ventana la última botella vacía.

El tren atraviesa una tierra despoblada. A izquierda y derecha pueden verse bonitos jardines y colinas suaves bajo nubes sonrientes. Es una tarde de otoño. “Pronto, muy pronto voy a morir. Entre Lemberg y Czernowitz.” Mientras jugaba a cartas ha intentado rezar; pero la idea de morir sigue fija en su cerebro. Pretendió formar frases relativas al futuro, pero carecieron de fuerza. Trató una vez más de entender el momento presente, pero todo se disolvió como el humo. No obstante, con sólo pronunciar la palabra “Przemysl” las cosas vuelven a su lugar. ¡Lemberg! El corazón se le ha parado un instante. Czernowitz. Nada. Sucederá en un lugar intermedio. Le es imposible apreciar la situación con claridad. No puede conservar grabado en el cerebro el trazado de la zona.

—¿Tienes un mapa? —pregunta al rubio, que está mirando por la ventanilla.

—No —responde el otro con amabilidad—. Pero ése tiene uno —añade, señalando al mal afeitado—. ¡Que mal duerme! Parece como si un peso le oprimiera el corazón. Creo que algo lo preocupa terriblemente. Digo yo...

Andreas mira hacia el exterior, en silencio, por encima de la espalda del rubio.

—Radebeul —exclama una voz muy sonora, con acento sajón; una voz fuerte y clara; una voz alemana que parece orde-

nar: “Que los diez mil primeros tengan la bondad de dirigirse al matadero”.

Fuera, el tiempo es precioso, casi de verano. Hace un día fulgurante de septiembre. “Pronto moriré. No volveré a ver ese árbol castaño rojizo ante la casa verde. Ni a esa muchachita vestida de amarillo, con el pelo negro, que lleva su bicicleta de la mano. Ni nada de cuanto ahora pasa ante mis ojos.”

El rubio también se ha dormido, dejándose caer contra el mal afeitado. Los dos están hundidos en el sueño, apoyados el uno contra el otro, roncando, el primero, fuerte y sonorante, su compañero con mayor suavidad, cual si silbara. El pasillo está vacío, excepto cuando alguien se dirige al lavabo. A veces, se oye decir: “¡Eh tú! Aquí tenemos sitio”. Se está mejor allí porque reina una soledad completa. Y aún más desde que los dos duermen. Ha sido una excelente idea la de bloquear el pomo de la puerta con un alambre.

“Todo cuanto el tren va dejando atrás, lo dejo yo también —piensa—. Jamás volveré a ver ese trozo de cielo con nubecillas de un gris azulado; ni esa mosca posada en el marco de la ventana y que ahora vuela en dirección a Radebeul. Se quedará bajo el cielo y no me acompañará hasta el paraje intermedio entre Lemberg y Czernowitz. La mosca se ha ido a Radebeul; tal vez se meta en una cocina que apeste a patatas hervidas y a vinagre malo. Acaso preparen en ella una ensalada de patatas para algún soldado a quien hayan sido concedidas tres semanas de tortura bajo el pretendido goce de un permiso... Para mí, todo acabó; la vía tuerce aquí bruscamente y nos vamos acercando a Dresde.”

En Dresde la estación está llena, y son muchos los que bajan del tren. Frente a la portezuela se ve un nutrido pelotón de soldados, al mando de un teniente joven y robusto, de faz sonrosada. Los muchachos llevan uniformes nuevos, y también el teniente luce su flamante atavío de candidato a la muerte. Las medallas que ostenta en el pecho son asimismo tan nuevas como figuritas de plomo recién sacadas de su estuche. Su aspecto tiene algo de falso. El teniente tira del pomo y grita a Andreas: